SINESIO DELGADO

MANO DE SANTO

ZARZUELA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN CINCO CUADROS, Y EN PROSA ORIGINAL

música de

RAFAEL CALLEJA

Representada por primera vez en el Teatro de Apolo el día 18 de Mayo de 1910.

MADRID
DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21
1910

Z60.82
Sp24
v.426

REMOTE STORAGE

MANO DE SANTO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los representantes de D. Sinesio Delgado y de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MANO DE SANTO

ZARZUELA EN UN ACTO,

DIVIDIDO EN CINCO CUADROS, EN PROSA,

original de

SINESIO DELGADO

música de

RAFAEL CALLEJA

Representada por primera vez en el Teatro de Apolo el día 18 de Mayo de 1910.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1910

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Susana	D.ª Joaquina Pino.
Sagrario	» María Palou.
Rocío	» Consuelo Mayendía.
Doña Rosa	» Pilar Vidal.
Doña Celes	» Aurora Rodríguez.
Lolilla	» Elisa Moreu.
Ramona	» Rosario Pacheco.
Melquiades	D. José Moncayo.
Tomás	» Luis Manzano.
Miguelillo el de Valladolid	» Carlos Rufart.
Pepe Juan	» Miguel Mihura.
El padre Gadea	» Pedro R. de Arana.
Arjona	» Antonio Soriano.

(*Izquierda y derecha las del actor mirando al público.*)

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Recibimiento. Banco y perchero pintados en el telón. En el centro puerta que da al rellano de la escalera.

ESCENA I

A poco de alzarse el telón suena el timbre de la puerta, sale RAMONA por la izquierda, observa á través de la mirilla y abre.—Entra MELQUIADES en traje de viaje, pero sin maleta ni objeto alguno en las manos.

MELQ. ¿Está dispuesto el señorito?

RAM. Creo que sí, señor.

MELQ. Pues anda, avísale que estoy yo aquí y el coche á la puerta.

RAM. ¿No quiere usté pasar?

MELQ. De ninguna manera, porque tenemos el tiempo tasado, y si empezamos con saludos á la familia, despedidas y lagrimeo, perdemos el tren. Con que dile que salga en seguida ó me voy yo solo.

RAM. ¡Tendría gracia!

MELQ. Ya lo creo que tendría gracia que, no viajando más que por acompañarle, me marchara sin él... Pues mira, soy muy capaz. Anda, hija, anda. (Dándola golpecitos en la cara.)

RAM. (Rechazando mimosamente la caricia.) ¡Qué señorito éste! (Vase izquierda.)

MELQ. No es saco de paja la doncellita, no. Cuando volvamos tengo que decirla cuatro cosas aparte. Vamos á ver si se me olvida algo. (Registrándose los bolsillos y sacando lo que indica.) El frasquete de cognac para mí; la medicina para él; las castañuelas para la juerga en el Sacro Monte...

ESCENA II

MELQUIADES.—TOMÁS.—Al fin, RAMONA.

TOM. (Saliendo por la izquierda y hablando con voz débil y quejumbrosa.) ¡Hola, Melquiades!

MELQ. ¡Hola, hombre!; pero ¿qué es eso? ¿No llevas maleta?

TOM. Ahora la traerán. Están metiendo unas cosillas

MELQ. Y ¿qué tal? ¿Hay ánimos?

TOM. Ninguno; estoy mucho peor. He pasado una noche horrible, con unas pesadillas y un desasosiego... Yo creo que debía esperar unos días antes de ponerme en camino.

MELQ. ¿Te quieres callar? Si te esperas unos días te mueres.

TOM. Pero si es que tengo mucha debilidad, Melquiades. Me parece que con el traqueteo del ferrocarril se me van á romper los huesos.

MELQ. ¡Que se te han á romper, hombre! ¡Al contrario! Solo con la idea de que vas á cambiar de aires ya tienes otra cara. . A ver, vuélvete de espaldas un momento.

TOM. ¿Para qué?

MELQ. Para pegarte un par de puñetazos á mi gusto. ¡Verás como los resistes!

TOM. No, no; muchas gracias. No me des esa prueba de amistad.

MELQ. Lo que tú tienes es neurastenia, y nada más que neurastenia. Y eso, ya se sabe, es mala cosa si se acoquina uno, y no es nada si no se la hace caso. Por eso lo que hace

falta es irse por ahí en buena compañía un par de semanas, airearse, divertirse, dejarse de negocios y preocupaciones... ¿Qué te dijo el médico? Que si tenías un pariente ó amigo de buen humor. Y tú ¿qué le dijiste? Sí, señor; tengo un amigo que es un tamboril enteramente. Y ¿qué te contestó él? Pues coja usté ese tamboril y váyase usté por el mundo á gozar de la vida.

TOM. Ya, sí; y no sabes cuánto te agradezco el sacrificio que haces por mí.

MELQ. ¿Sacrificio? Vamos, hombre, no digas tonterías. ¡Si yo con las bromas, el jaleo y los viajes estoy en mis glorias! (Gritando hacia la izquierda.) Pero ¿qué es esto? ¿No viene nadie con la maleta?

TOM. Ahora la traerá la muchacha. He dicho que no saliera la familia á despedirme porque con la emoción puede que me diera un vahido.

MELQ. ¡Vahido! Anda de ahí... (Cogiéndole desprevenido y dándole un espaldarazo que le atonta.) ¡No tienes tú mal vahido!

TOM. ¡Melquiades, por Dios! ¡Que me asesinas!

MELQ. ¿Vés, tonto? ¿Ves cómo lo resistes? Ya verás cuando volvamos como te doy dos palos en la cabeza y te quedas tan fresco.

TOM. No lo permita Dios. ¿Recogiste la receta?

MELQ. Aquí está despachada.

TOM. Venga el frasquito.

MELQ. No; lo primero que me ha encargado el médico es que no te lo entregue de ninguna manera.

TOM. ¿Por qué?

MELQ. Porque por el afán de curarte serías capaz de hacer alguna barbaridad. Y esto es como la morfina: si no se toma con cuidado, mata.

TOM. ¿Tan fuerte es?

MELQ. Como que puede decirse que cada gota viene á ser una especie de cinturón eléctrico. Tomas una, y en seguida te sientes con una fortaleza y una energía y un vigor... en fin, capaz de todo. No te digo más sino

que, sólo por traer el frasco en el bolsillo, he tenido yo tentaciones de dar un abrazo á la criada.

TOM. Pues no veo el inconveniente.

MELQ. ¿De qué? ¿De empezar á medicinarte? ¡Quiá! Tengo mis instrucciones; y lo primero y principal es la distracción, el cambio de clima... Sólo si te acongojas alguna vez y te da algún soponcio de debilidad echaremos mano de esto. Corre de mi cuenta.

RAM. (Saliendo con una maleta por la izquierda.) Aquí está la maleta, señorito.

MELQ. Pues, andando, que el tiempo urge. Bájala al coche.

TOM. ¡Ay! yo no puedo viajar así, Melquiades. Yo me voy á caer en la escalera.

MELQ. ¡Qué te has de caer, embustero! ¡Ea, fuera la morriña! (Echándole fuera de un encontronazo.) ¡A divertirse y á correrla en gordo!

TOM. ¡Melquiades, que me matas! (Desaparece en la escalera.)

MELQ. Oye, Ramoncita; cuando volvamos recuérdame que tengo que decirte una cosa.

RAM. ¿Buena ó mala?

MELQ. Como las propias mieles de dulce. Porque estás más sabrosa que una guinda madura. (Repitiendo la caricia de antes.)

RAM. (Rechazándole igualmente.) ¡Qué señorito éste! (Vanse, cerrando tras sí.)

Música.—Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Pabellón de un merendero en las afueras de una ciudad andaluza.—La pared del fondo, en la cual se abre la única puerta de entrada al pabellón, está formada por una galería de cristales A través de ella se ve el jardín iluminado por un sol espléndido. Mesa grande en el centro y otra pequeña para el servicio en el rincón de la izquierda. Sobre ambas, y convenientemente distribuídas, la vajilla y la cristalería correspondientes á un almuerzo de cinco cubiertos que acaba de celebrarse.

ESCENA III

TOMAS, en una silla al lado derecho de la mesa grande, desmayado. — SAGRARIO y ROCIO, procurando reanimarle. — PEPE JUAN fuma y pasea de aquí para allí, preocupado por el accidente.

Música.

SAG. Y ROC. Ha perdío el sentío
este pobre señó;
y está pálido y frío
y empapao en sudó.
SAG. ¿Qué será, qué será?
ROC. ¿Qué será, qué será?
PEPE J. Poé que tenga en el cuerpo
dos cañita de má
SAG. ¡Si no ha bebío ná!
ROC. ¡Si no ha bebío ná!
PEPE J. Pues darle ustedes aire
y él se despejará.

SAG. Y ROC. Tiene Pepiyo mucha razón,
que no hay remedio de más poder
para los males del corazón
que el abanico de una mujer.

SAG. (Abanicando á Tomás rápidamente.)
Cuando un hombre se sofoca
y va perdiendo la calma,
y paese que por la boca
se le va á salir el alma,
se mueve el puño
con mucho brio
para que el aire
resulte frío,
y con el dale
que le darás,
si una no quiere
no vuelve más.

ROC. (Abanicando lentamente.)
Cuando un hombre no se atreve
á decir lo que le pasa
y es por fuera pura nieve
y es por dentro pura brasa,
se mueve el puño
poquito á poco,
y con la brisa
se vuelve loco,
que con el dale
que le darás,
cuando hay rescoldo
se enciende más.

LAS DOS. (Abanicando á un tiempo.)
¡Pobre, pobre, pobre, pobrecito mío!
No tendrás ahora ni calor ni frío,
pero si con este dale que le das
no revives pronto, ya no vives más.

Hablado.

SAG. Ná; que me duele la muñeca y no vuelve.
ROC. Que no vuelve, y que le vamo á dá una pulmonía fulminante.
SAG. Oye, tú, Pepe Juan, ¿tú entiendes de pulso?

PEPE J. Lo que yo entiendo es que debemos mandá un recao á cualquier parte, porque la coló no me gusta ná.

ROC. ¡Ya, ya! A mí se me han privao muchos, pero lo que es como éste...

SAG. Echale el humo del cigarro á vé.

PEPE J. ¿El humo? Pero, ¿es qué te figuras tú que aquí el amigo es una pipa, que hay que culotarla?

SAG. Pué yo he oído desí que algunas personas vuelven en sí con eso.

PEPE J. ¡Ah! ¿Lo has oído desí? Pues vamos á probá. (Se acerca á Tomás y le echa el humo á la cara, efectivamente.)

ROC. ¡También ha sido ocurrencia, hijo! A mí, sin el certificao de la saniá, no me vuelvas tú á llamar pá una juerga.

PEPE J. Pero mujé, si esto ha sido un compromiso. El señó se me ha presentao con una carta de un amigo de Madrí, que me recomienda que le distraiga, y yo no tengo más remedio que servi al amigo.

ROC. ¡Pues sí que se distrae el hombre!

PEPE J. Callarse, callarse, que me paese que quié tosé

SAG. ¿Ves tú cómo el humo es una cosa buena?

ROC. Sigue sigue otro poco. (Aparece Melquiades por el foro, muy contento y enarbolando una guitarra.)

ESCENA IV

DICHOS.—MELQUIADES.

MELQ. ¡Buen trabajo me ha costado, pero ya está aquí la guitarra! ¿Eh? ¿Qué es eso?

PEPE J. Esto es que... ya la pué usté devolvé, porque aquí lo que va á hacer falta es un piporro

MELQ. (Dejando la guitarra sobre la mesa de servicio y acercándose al grupo.) ¡Ah, vamos! Se ha desmayado, ¿eh? No hagan ustedes caso. Eso no vale nada.

SAG. ¿Que no vale ná y paese que está muerto?

MELQ. Parece, pero no tiene más que aprensión. La atmósfera cargada, el calor, el humo del cigarro...

PEPE J. ¿El humo? ¿A que resulta que le estaba yo dando la puntiya?

MELQ. Pero eso se va á pasar ahora mismo, si es verdad lo de las congojas que me dijo el médico.

PEPE J. ¿Qué busca usté?

MELQ. Agua. ¿No hay por aquí un poco de agua?

PEPE J. ¡Vamos, hombre! ¿Usté se cree que nos iban á ofendé trayéndonos agua?

MELQ. Bueno, pues eche usté dos deditos de manzanilla en una caña. (Pepe Juan obedece mientras Melquiades sacude al enfermo.) ¡Tomás! ¡Eh, Tomás! Vamos, hombre, ¡que estamos de juerga!

SAG. ¿Qué va usté á hasé?

MELQ. (Sacando el frasquito de la medicina.) A hacerle que beba dos gotitas de esto.

PEPE. J. (Presentándole la caña.) Aquí está.

MELQ. Venga.

ROC. Y eso ¿qué es?

MELQ. (Vertiendo en la caña unas gotas del frasco.) ¿Esto? Ya lo verán ustedes. Mano de santo. Pero apártense un poco las señoras porque es un poco fuerte.

SAG. ¿Qué? ¿Se pué disparé?

MELQ. Disparar, no; pero... yo me entiendo. Sepárense, sepárense uitedes. (Las dos señoras se retiran al segundo término. Los dos hombres quedan uno á cada lado de Tomás.)

SAG ¡Chica! ¡qué cosa más rara!

MELQ. ¡Tomás! ¡ánimo! Haz un esfuerzo á ver si puedes tragar un poquito. ¡Ajajá! (A Pepe Juan.) ¿Eh? ¿qué tal? Ya va teniendo color en las mejillas.

PEPE J. Compadre, me va usté á tené que da la reseta por si me da un mareo.

MELQ. ¡Mire usté, mire usté! ¡Como si reviviera!

SAG Y ROC. ¡Á vé, á vé!

MELQ. ¡No, caramba! ¡No se acerquen ustedes!

TOM. (Incorporándose un poco y acariciando el brazo de Pepe Juan con verdadera delicia.) Bendita sea su madre de usté, Sagrario. ¡Es usté monísima!

PEPE. J. ¿Qué dise?

TOM. (Acentuando más las manifestaciones de agrado.) ¡Me la voy á comer á usté ahora mismo!

MELQ. ¡Eh, eh, Tomás, no te comas nada sin abrir los ojos!

PEPE. J. Compadre ¿sabe usté que la medicina esa es una pólvora?

TOM. (Despejándose del todo.) ¡Calla! ¿eres tú? ¿Pues y las chicas? ¿Se han ido?

MELQ. No se han ido. Están ahí. Pero las he dicho yo que se apartaran.

TOM. ¿Por qué? ¡Si son muy monas!

MELQ Por eso, porque son muy monas. Bueno es que se te vaya quitando la neurastenia, pero no tan de prisa.

TOM. ¡Melquiades, no me tiranices!

MELQ. Aquí no hemos venido más que á divertirnos honestamente, ¿estamos? Con que déjate de monsergas.

SAG. ¡Y vaya si se le encandilan los ojos al hombre!

MELQ. Pepe Juan, coja usté la guitarra.

PEPE. J. (Haciéndolo.) ¿Es la de la casa? (Mientras hablan los otros dos, Tomás se levanta y se acerca á las mujeres con la intención de un toro.)

MELQ. Sí, la de la casa. Tratela usté con mimo. El amo no me la quería dar porque dice que en cuanto se arma una trifulca se la rompen con la cabeza.

TOM. (A Sagrario.) Pero aquí no habrá ninguna trifulca, ¿verdad, pimpollo?

SAG. ¡Vaya usté á sabé!

PEPE J. ¿Estará afiná?

MELQ Eso... usté lo averiguará en seguida (Pepe Juan se sienta junto á la mesa de servicio, empieza á templar y en esa operación sigue hasta el final de la escena.)

TOM. Aunque yo estoy dispuesto á matarme con mi sombra por este cuerpo rebonito. (Abrazándola por el talle.)

SAG. ¡Eh, eh! quietecito, que está usté delicao.

TOM. Por eso necesito apoyarme. (Rechazado por Sagrario se agarra á Rocio como á una tabla de salvación) ¡María Santísima! ¡Qué ojos!

MELQ. Pero, ¿qué va á ser esto? ¡Caray con las gotas! Tomás, á tu sitio. (Le coge y le sienta violentamente.) Y usté, Sagrario, hágame el favor de arrancarse con algo de la tierra.

SAG. ¿Cantar? ¿Yo cantar hoy? ¡Ay, hijo! Eso sí que no pué sé.

MELQ. ¿Por qué?

SAG. Porque más estoy pa mordé que pa otra cosa. ¿Usté no sabe lo que me pasa?

MELQ. No sé nada, hija.

SAG. Pues... que se me ha casao Migué.

MELQ. ¿Y quien es Migué?

SAG. Miguelillo el de Valladolid, ya le conoce Pepe Juan, el único hombre á quien yo he querido con toda mi alma. Se marchó á su tierra sin despedirse y ha tenido la poca vergüenza de venir aquí á pasar la luna de miel y á darme con la señora en las narices. ¡Le digo á usté que tengo una congoja!...

TOM. ¿Oyes, Melquiades? Que tiene congoja. Dale la medicina.

MELQ. No; á esta no la hace falta. Vaya, pues, ¡qué se le ha de hacer! respetaremos su dolor. Usté, Rocío, ¡venga de ahí!

ROC. ¡Sí! ¡Buena está ahora Rocio pa unos tientos!

TOM. ¡Ya lo creo que está buena!

MELQ. ¡Cómo! ¿También á usté la pasa algo?

ROC. ¿Que si me pasa? Pepe Juan lo sabe.

MELQ. Pero dígalo usté; porque Pepe Juan está templando y si se distrae un poco no va á acabar nunca.

ROC. Pues .. que aunque quisiera cantar no podría, porque tengo la garganta apretá.

MELQ. ¿También de pena?

ROC. Sí señó; también de pena. ¡Figúrese usté! Como que anoche mismito metieron en la cárcel á Joaquinito Romero.

TOM. ¿Y quién es Joaquinito Romero?

ROC. ¿Quién ha de ser? El hombre que me habla. Pepe Juan le conoce.

MELQ. ¡Vaya por Dios! Y ¿por qué le han puesto á la sombra?

ROC. Por una tontería del juez. Porque entró de pronto en un co'mao cuando yo estaba marcándome unas malagueñas y le pegó dos puñaladas á un señorito de Madrí que me tocaba las palmas

TOM. ¡Caracoles con Joaquinito!

MELQ. ¡Je, je!... Y... ¿está usté segura de que sigue preso?

ROC. Segura, segura, no; porque él tiene muy buenas aldabas y pué que le suelten esta tarde.

MELQ. Pues no cante usté, no.

TOM. Verdaderamente, con la garganta apretada sería un crimen. Y ¡qué lástima! porque la tiene usté muy bonita.

MELQ. ¡Tomás! acuérdate de las puñaladas. O tienes formalidad ó nos vamos Pepe Juan, toque usté para despedida una cosita alegre.

PEPE. J. Tendrán ustedes que esperar un rato, porque esto no se arregla ni á tiros.

MELQ. Pero ¿es que no ha acabado usted de templar?

PEPE. J. ¿Qué he de acabar? Mardita sea mi estampa! ¡Si hoy no me sale nada á derechas!

MELQ. ¡Caramba! pues ¿qué ocurre?

PEPE. J. Que he venido con ustés por no desairar al amigo de Madrí que me escribió la carta, pero ¡calculen ustés si estaré de humor teniendo un hermaniyo si le rompe ó no le rompe la escarlatina!

TOM. Pero, hombre, haberlo dicho.

MELQ. ¡Pues sí que estamos corriendo una juerga!

SUS. (Dentro y á grandes voces) ¡No he de poder entrar, hombre de Dios! ¡Yo entro donde me da la gana!

TOM. ¡Eh! ¿Qué es eso?

SAG. (Asomándose rápidamente por la galería y mirando hacia la derecha) ¡La mujer de Migué!

TOM. ¿De Miguelillo el de Valladolid? (Muy alegre á Melquiades) ¡Esto se anima, esto se anima

MELQ. ¡Tomás, no te conozco!
SAG. Pero no se asusten ustés, que no pasa ná. No me ha visto en su vida. (Entra Susana en escena como una tromba; lo recorre todo, registra todos los rincones, no deja hablar á nadie y da las explicaciones necesarias sin admitir réplicas. El cantable explica la acción suficientemente. Susana es una senora elegante, pero de rompe y rasga.)

ESCENA V

DICHOS.—SUSANA.

Música.

SUS. ¿Dónde está ese pillo,
granuja, indecente?
¡que quiero arañarle
delante de gente!
¡Qué nadie me chiste!
¡qué nadie se mueva
porque traigo en el alma un veneno
que el diablo me lleva!
No sabe el canalla
que yo le he seguido,
y aquí se ha parado,
y aquí se ha metido.
¡Ladrón, sinvergüenza,
traidor, descastado!...
Pero ustedes dispensen. Ya veo
que me he equivocado.
¡No tienen ustedes
que decirme nada!
Yo estoy medio loca,
yo estoy trastornada,
rabiosa, celosa,
nerviosa, furiosa...
Con que vean ustedes si mandan
alguna otra cosa.
(Medio mutis)
Cuando se quiere
como yo quiero,

y él es un tuno
y un embustero,
la más tranquila
salta por todo,
para vengarse
de cualquier modo.
Por eso he venido
bufando y rugiendo,
ni doy más razones,
ni escucho, ni atiendo,
y ahora me marcho
furiosa, rabiosa ..
Con que vean ustes si mandan
alguna otra cosa.

(Vase con el mismo ímpetu con que entró en escena.)

ESCENA VI

SAGRARIO.—ROCÍO.—TOMAS.—MELQUIADES.
PEPE JUAN.

Hablado.

PEPE J. ¡Camará, qué torbellino!

MELQ. Como que no nos ha dejado decir ni media palabra.

ROC. Oye, tú, Sagrario, ¿porqué no te has dao á conocé?

SAG. ¿Pa qué? ¿Pa que me sacara los ojos? A mí me la ha hecho buena Migué; pero ,anda que con la señora que se ha echao, ya lleva lo suyo.

TOM. Pues, ¿saben ustedes lo que les digo? Que á mí me gustan las hembras así, y que no me he echado á correr detrás de ella por la debilidad que tengo.

MELQ. ¡Tomás! ¿Qué dices? (Pepe Juan vuelve á echar mano á la guitarra)

TOM. Que esa mujer me ha llegado á lo vivo, Melquiades, y estoy para ponerme bueno de un momento á otro.

MELQ. Pues, ¿sabes que te dura más de lo que yo creía el efecto de las gotas?

TOM. ¡Qué gotas ni qué narices! Esto es diferente. Y bien sabe Dios que puede que le suceda una desgracia al marido de esa señora.

PEPE J. ¿A quién? ¿A Miguelillo el de Valladolid? ¡Vamos, hombre!

TOM. Sí, señor, sí; ¿qué hay? ¡A Miguelillo el de Valladolid!

ESCENA VII

DICHOS.—MIGUELILLO.

MIG. (Apareciendo en la puerta.) ¿Me llamaba alguno de ustedes?

SAG. (A Tomás, que se queda de una pieza.) Ahí le tiene usté en cuerpo y alma.

PEPE J. (Acentuando el rasgueo para disimular.) Punto y aparte.

MELQ. (También á Tomás, en el mismo tonillo zumbón que él empleó antes.) ¡Esto se anima, esto se anima!

MIG. Digo, que si me llamaba alguno de ustedes.

TOM. ¿Aquí? No, señor; aquí no llamábamos á nadie

MIG. Habrá sido una ilusión mía entonces. O será que esa joven se estaría acordando de mí, de seguro. Vamos, tú, Pepe Juan, déjate de temple que traigo los nervios de punta.

SAG. ¿Yo? Ni ganas, hijo. De quien me acordaba era de tu mújer, que ha salido de aquí ahora mismo.

MIG. ¿Sí? Mira tú lo que son las cosas Ella viene á buscarme á mí y yo vengo á buscarte.

TOM. ¡Ya, ya! ¡Lo que es el mundo!

MELQ. (A Tomás.) Me parece que este castellano ilustre nos estropea el medicamento.

MIG. ¿Y sabes por qué? Por que te tengo prohibido que diviertas á los señoritos litris.

TOM. (A Melquiades.) ¡Je, je! nos llama litris.

MELQ. ¡Sí que es de mucha risa! (Nuevo rasgueo fuerte de Pepe Juan.)

MIG. (Quitándole violentamente la guitarra.) Pero ¿quieres tú dejar la guitarrita, con dos mil de á caballo?

MELQ. Con perdón de usté, buen amigo; aquí no había ningún señorito litri hasta que usté ha llegado.

MIG. (Asombrado del atrevimiento) ¿Qué dice usté?

MELQ. (Decidido á todo.) Que si usté es de Valladolid... ¡hágase usté cuenta que yo soy de Matapozuelos! (Miguelillo hace un movimiento agresivo. Sagrario, Rocío y Pepe Juan, se lanzan á sostenerle.)

TOM. ¡Anda con él, Melquiades!

SAG. ¡Miguelilo por Dios!

ROC. Pero ¿qué va á ser esto?

PEPE J. Señores ¡qué estamos entre amigos!

MIG. (Apartando á los que le rodean.) ¡Ea! para acabar: que Sagrario se marcha de aquí ahora mismo porque yo me la llevo.

MELQ. Lo que se va usted á llevar es otra cosa.

MIG. ¿Cuál?

MELQ. (Arrojándose sobre él con el decidido propósito de darle un puñetazo en las narices.) ¡Esto!

MIG. ¡Quiá! (Enarbola rápidamente la guitarra y cuando Melquiades se le acerca furioso descarga sobre su cabeza un golpe tan fuerte que se hace añicos el instrumento. El agredido se tambalea y tiene que apoyarse en la mesa central para no caer al suelo. Los demás se asustan y chillan. Miguel continúa impávido como si no hubiera hecho nada.

SAG. ¡Camarero! ¡Socorro!

PEPE J. Pero Miguel...

MELQ. Bien decía el amo. Siempre se la rompen con la cabeza.

TOM. (Riéndose á carcajadas con gran asombro de Melquiades.) ¡Esto se anima, ¡esto se anima!

Música.—Mutación.

CUADRO TERCERO

Calle corta. Fachada de una casa. Sobre la puerta se lee: «Gran hotel del Águila».

ESCENA VIII

DOÑA ROSA y DOÑA CELES.—Luego TOMAS y MELQUIADES.—Después ARJONA y UN CHICO.—Al fin SUSANA y MIGUEL.

Música.

(Previa la conveniente preparación en la orquesta salen por la derecha doña Celes y doña Rosa. Son dos señoras entradas en años, pero que se figuran en estado de merecer todavía. Visten trajes de viaje y traen en las manos *cabás* y maletines.)

D.ª ROSA. ¿Nos sigue ese hombre?
D.ª CEL. Ya no le veo.
D.ª ROSA. Perdió la pista,
gracias á Dios.
¡Mira qué es raro!
Dª. CEL. ¡Mira qué es feo!
Dª. ROS. ¡Y es uno solo
para las dos!

(Entranse en la fonda. A poco salen también por la izquierda Tomás y Melquiades.)

MELQ. ¡Una noche preso!
Yo vengo molido.
TOM. Pues yo te confieso
que me he entrenido.

MELQ. ¡Buen provecho te haga!
pero si le cazo,
á mí ése me paga
lo del guitarrazo.

(Entran en la fonda. Sale por la derecha Arjona seguido de su chico. Trae gabán largo de viaje, sombrero flexible y una cajita de regular tamaño debajo del brazo. El chico conduce una maleta.)

ARJ. Esta es la calle
y esta es la puerta.
Siempre escamado,
siempre ojo alerta...
¡Esto no es vida!
¡No hay quien lo aguante!
Anda, muchacho,
pasa delante.

(Entra en la fonda. Salen por la izquierda, primero Susana y detrás Miguelillo.)

MIG. Espera Susana,
no entremos así.
No quiero que nadie
Se burle de mí.

SUS. Y á mí ¿qué me importa?

MIG. Te debe importar,
que por algo este cuerpo serrano
te llevó al altar.

SUS. ¿Pero es que te piensas
que vas á domarme
con tus dicharachos
y tus zaragatas?
¿Pero es que has creído
que voy á olvidarme
de cómo me tienes
y cómo me tratas?

MIG. ¿Pues cómo te trato?
¿Pues cómo te tengo
si no es como reina
de mi corazón?

SUS. ¡Y al mes de casarnos
te escapas y vengo
de ver cómo sales
de la prevención!

MIG. Pero no te he explicado,
Susana mía,
que es que se ha equivocado
la policía,
y que me han confundido
con esa gente
por ser muy caballero
precisamente?

SUS. ¿Tú perseguido
por caballero?
¿Tú enamorado
de tu mujer?
¡Tú te condenas
por embustero!
¡Tú no has sabido
lo que es querer!

MIG. Ven acá, fierecilla,
con tu cordero,
que si me quieres mucho
también te quiero,
y para que se entere
todo el que quiera
dame el brazo, y entremos
de esta manera.

SUS. ¿Pero es que pretendes
echarlo á barato
después de tratarme
con poca aprensión?

MIG. ¿Pues cómo te tengo?
¿Pues cómo te trato
sino como reina
de mi corazón?

(Entran también en la fonda.)

Mutación.

CUADRO CUARTO

Patio de una fonda andaluza. A la izquierda, primer término, puerta señalada con el núm. 1; segundo término, arco grande que se supone da al pasillo de entrada. A la derecha, primer término, puerta señalada con el núm. 2; segundo término, puerta con el núm. 3. Al foro puerta grande en la izquierda con un letrero encima que dice: «Comedor», y en la derecha otro arco que da á un pasillo. En el centro, fuente rodeada de plantas. Macetas en los rincones. Veladores con sillas frente á cada uno de los cuartos. Un toldo cubre el patio. Es de día.

ESCENA IX

DOÑA CELES.—DOÑA ROSA, saliendo una tras otra del núm. 1.—Después, LOLILLA.—Al fin, TOMAS.

Hablado.

D.ª ROSA. Mira, Celes, aquí podemos tomar el desayuno. Esto está mucho más fresco.

D.ª CEL. ¡Ay, sí! Ahí dentro no se puede respirar. Se presenta un día bochornoso. (Se sienta junto al velador que da frente á su cuarto. D.ª Celes á la derecha y D.ª Rosa á la izquierda.)

D.ª ROSA. No quisiera alarmarte, pero me parece que no estamos seguras.

D.ª CEL. ¡Jesús! Pues ¿qué pasa?

D.ª ROSA. Que se me figura que el hombre que ha venido en nuestro tren, en el departamanto de al lado, se aloja aquí, en esta misma fonda.

D.ª CEL. ¡No me lo digas! Entonces, ¿es que no cabe duda de que nos persigue?

D.ª ROSA. Eso voy creyendo.

D.ª CEL. ¿Y será con un fin perverso, ó porque se habrá enamorado de una de nosotras?

D.ª ROSA. ¡Quién sabe! ¡quién sabe!

LOLA. (Saliendo foro derecha con una bandeja con un tazón de café, copa y botella de agua, copa de Jerez y un bollo, en su plato.) ¿Las señoras quieren que las sirva aquí?

D.ª ROSA. Sí; es mejor.

LOLA. El café ¿para quién?

D.ª ROSA. Para mí.

LOLA. (A D.ª Celes.) Y usté, ¿no desayuna?

D.ª CEL. Ahora no; tengo que tomar un poco de magnesia en dos deditos de agua. Es una costumbre de toda la vida, ¿sabe usté? Dentro de un cuarto de hora me trae usté chocolate con bizcochos.

LOLA. Sí; sí, señora. (Coge la copa de Jerez y el plato con bollo, y se aparta del velador. D.ª Rosa y doña Celes se aplican al café y á la magnesia, respectivamente.)

D.ª ROSA. Oiga usté, camarera, la gente que habita en el hotel será toda de confianza, ¿verdad?

LOLA. El establecimiento está muy acreditado, y no se sabe que haya ocurrido nunca nada.

D.ª ROSA. Es que como somos dos señoritas solas, ¿sabe usted? y en las fondas suelen ocurrir tantas cosas raras...

D.ª CEL. ¡A nosotras nos han dado muchos sustos!

D.ª ROSA. Y hemos tenido que gritar muchas veces pidiendo socorro.

LOLA. Pues, por ese lado, no tengan ustedes miedo. No se atreverán con ustedes. ¿Deseaban ustedes algo más?

D.ª CEL. Que no se la olvide el chocolate con bizcochos.

LOLA. Ya; ya lo sé. Dentro de un cuarto de hora. (Coloca la copa de Jerez y el bollo en el segundo velador de la derecha, y en seguida llama con los nudillos en la puerta núm. 3.) Cuando usté quiera, caballero

ARJ. (Dentro.) Voy en seguida. (Sale por el foro derecha Tomás y se encuentra con Lolilla que iba á marcharse por el mismo lado.)

TOM. Oiga usté, joven; ¿no habrá en el hotel un poco de árnica?

LOLA. No sé, pero si no la hay irán por ella en seguida. ¿Ha preguntado usté en el despacho?

TOM. ¡Si no sé dónde está el despacho!

LOLA. ¡Ah! pues yo le guiaré. Pero ¿es que se ha h cho usté alguna herida?

TOM. Yo, no; mi compañero de cuarto, que tiene en la cabeza unos chichoncitos que le escuecen bastante.

LOLA. Pues venga, venga usté conmigo. (Vanse los dos foro derecha.)

ESCENA X

DOÑA ROSA.—DOÑA CELES.—ARJONA, que sale á su tiempo del cuarto núm. 3 con la inseparable cajita debajo del brazo.—Después LOLILLA.—El PADRE GADEA.

D.ª ROSA. Yo, á pesar de lo que dice esta muchacha, no estoy muy tranquila. Acuérdate de lo que nos pasó en Badajoz hace dos años. (En este momento sale Arjona.) ¡Ay! ¡Jesús! no vuelvas la cabeza.

D.ª CEL. ¿Qué pasa? (Arjona hace, sin preocuparse de las damas, lo que el diálogo indica.)

D.ª ROSA. ¡Que no vuelvas la cabeza, mujer! ¡Que está ahí ése!

D.ª CEL. ¿Y quién es ése?

D.ª ROSA. El hombre del tren. El que nos persigue.

D.ª CEL. ¡Jesús!

D.ª ROSA. No te muevas; no vaya á creer que nos asustamos.

D.ª CEL. ¿Qué hace? ¿Nos mira?

D.ª ROSA. Ni por casualidad. Ha dejado una caja sobre la mesa y se ha puesto á tomar una copa de vino con un bollo.

D.ª CEL. ¡Vaya un desayuno!

D.ª ROSA. De hombre capaz de todo. ¡Ay!

D.ª CEL. ¿Qué es?

D.ª ROSA. Que saca una pistola del bolsillo.

D.ª CEL. ¡Vamos corriendo al cuarto!

D.ª ROSA. ¡No! que puede que le llamemos la atención y nos haga fuego.

D.ª CEL. ¿Irá á suicidarse?

D.ª ROSA. De seguro. Por eso tomaba el vino para darse valor.

D.ª CEL. (Dando un chillido.) ¡Ay!

ARJ. (Alarmado.) ¿Qué hay?

D.ª ROSA. ¡Caballero, por Dios! No se mate usté aquí, que somos muy nerviosas.

ARJ. ¿Matarme? Descuide usté, ni aquí ni en ninguna parte. No me había pasado por la imaginación siquiera.

D.ª ROSA. Como ha sacado usté esa pistola...

ARJ. ¡Ah! y ¿se han asustado ustedes? Pues ¡cuánto lo siento! Pero no ha sido más que para examinar la carga. Es una costumbre que tengo al acostarme.

D.ª ROSA. ¡Cómo! ¿Y se va usté á acostar ahora, á las ocho de la mañana?

ARJ. Sí, señora; no he dormido en toda la noche porque tengo que estar de vigilancia siempre. Como que por causa de mi profesión llevo conmigo una fortuna.

D.ª ROSA. ¿Sí? Que sea enhorabuena.

ARJ. No hay de qué, porque no es mía, señora. Soy comisionista de alhajas y usté comprenderá que esta cajita es muy golosa y al menor descuido... (Guarda la pistola, coge la cajita, se levanta y se acerca al velador de las señoras.) Y á propósito, ¿quieren ustedes ver algunas? ¡Llevo maravillas!

D.ª ROSA. ¡Ay, nosotras no podemos!, ¿verdad, Celes?

D.ª CEL. No; no podemos. (Sale Lolilla foro derecha conduciendo en una bandeja chocolate con bizcochos, que deposita en el primer velador de la derecha, frente al cuarto núm. 2.)

ARJ. Sin embargo, vean, vean ustedes. Hay de todos los precios.

D.ª ROSA. Ya que es usted tan amable que se molesta..

ARJ. No es molestia, señora (Durante el diálogo siguiente examinan con la debida atención las alhajas, sale el padre Gadea por el foro derecha y en seguida se fija en el servicio colocado en el primer velador.)

GADEA. (A Lolilla.) ¡Hola, buenos días! ¡Qué! ¿aquel chocolate es para mí?

LOLA. Sí, señor. En cuanto le he visto salir de su habitación lo he traído corriendo, como siempre. Ya sabe el señor cura que me gusta adivinarle el pensamiento.

GADEA. Ya; ya lo sé, hija mía, y te lo agradezco mucho. Pero hoy te has pasado de lista.

LOLA. ¿Por qué?

GADEA. Porque tengo que salir á un asunto urgente y no puedo desayunarme ahora.

LOLA. ¡Qué se le va á hacer! No hay nada perdido.

GADEA. Pero voy cerca y despacho pronto. Hasta luego y gracias por tu solicitud, hija mía.

LOLA. Hasta luego, señor cura. (Recoge el servicio y vase por donde vino.)

GADEA. (Yéndose.) Felices, señoras.

ROS. Y CEL. Buenos días. (Vase el cura por la segunda izquierda.)

D.ª ROSA. Pues sí que es verdad que lleva usted una fortuna.

ARJ. Ahora comprenderán ustedes que no tenga sosiego en los trenes, y que en las fondas duerma con la pistola al alcance de la mano. Todas las precauciones son pocas. En Córdoba estuve dos meses en la cárcel por descerrajar un tiro á un camarero que entró sin avisar.

D.ª CEL. ¡Jesús!

ARJ. Desde entonces lo primera que prevengo en los hoteles es que no entre nadie en mi cuarto cuando esté durmiendo, porque no me puedo contener y ¡pum!

D.ª ROSA. Hace usté bien.

ARJ Con que ¿no escogen ustedes nada?

D.ª ROSA. Ahora, no; ya veremos, ya veremos...

ARJ. Pues á sus órdenes, señoras. ¿Ustedes gustan descansar? Digo, ¡que bruto soy! Ustedes dispensen.

D.ª ROSA. No hay de qué. Duerma usté tranquilo. (Arjona entra en el número 3. Vuelve á salir Lolilla.)

LOLA. Otra vez el número 2. Este número 2 no deja en paz al timbre. (Llama con los nudillos á la puerta.) ¿Se puede?

SUS. (Dentro.) Adelante. (Entra Lolilla.)

D.ª ROSA Pues mira, no es tan antipático ese hombre como parece.

D.ª CEL. No; no es antipático. Y eso de las alhajas debe producir bastante, ¿verdad?

D.ª ROSA. No sé; como él no es más que comisionista .. ¿Vámonos adentro?

D.ª CEL Sí; que aquí podemos llamar la atención si estamos solas mucho rato. Tomaré en el cuarto el chocolate. (Entranse en el número 1.)

ESCENA XI

LOLILLA.—SUSANA

LOLA. Puede usted desayunarse en el patio. Lo hace mucha gente.

SUS. Tiene usté razón. Tráigamelo usté aquí.. (Se sienta junto al primer velador.)

LOLA. En seguida (Medio mutis)

SUS. Oiga usté En cuanto aparezca por la puerta mi marido dígale usté que venga, que le estoy esperando para sacarle los ojos.

LOLA ¡Señora! . ¿Qué? La ha hecho á usted algo?

SUS. Poca cosa. No parecer por aquí en toda la noche, y en cuanto le traigo, casi con cadenas, buscar un pretexto y volver á marcharse ¡Y esto al mes de matrimonio!

LOLA. Sí que es frescura, y usté dispense.

SUS. Con que cumpla usté mi encargo y no se case usté jamás, camarera.

LOLA. ¡Ay! mucho me lo temo.

SUS. ¡Infame, canalla, granuja! ¡Esta me la paga! ¡ya lo creo que me la paga!

LOLA. La señora está que echa lumbre. (Al irse por el foro derecha se cruza con Tomás y Melquiades, que salen por el mismo sitio.)

MELQ. En el comedor estamos, niña.

LOLA. Esta bien. (Vase.)

ESCENA XII

SUSANA.—TOMAS.—MELQUIADES.—Luego, LOLA

TOM. También es monilla la camarera esta.

MELQ. A ti ahora todas te parecen monillas, gracias al frasco.

TOM. (Viendo á Susana.) Oye, Melquiades, esa señora parece la del merendero. ¡Buena mujer! ¿verdad?

MELQ. Sí; buena mujer... de Miguelillo el de Valladolid.

TOM. ¡Qué suerte! Vive en la misma fonda.

MELQ. Pero no andará él muy lejos. Vámonos, vámonos al comedor, por si acaso.

TOM. ¡Al revés! ¿No querías vengarte de lo de la guitarra? Pues yo voy á servirte de instrumento ahora mismo.

MELQ. Tomás, ¡eres una fiera! ¡Si lo sé no te doy las gotas!

TOM. Esa mujer me vuelve loco, Melquiades. No puedo menos de saludarla.

MELQ. Pero, atiende.

TOM. Déjame en paz. Señora... (Acercándose á Susana.)

SUS. ¿Quién? ¡Ah! ¿Es usted? Hombre, me alegro.

TOM. También me alegro yo de que usté se alegre.

SUS. Porque usté puede darme unos datos que necesito en seguida. (Se levanta y se acerca á ellos.) Ustedes han estado presos toda esta noche con mi señor marido, ¿no?

TOM. Sí, señora. Pero como no habíamos cometido ningún delito, nos han soltado á las pocas horas.

SUS. Bueno; ¿pero por qué los prendieron á ustedes?

TOM. Porque...

SUS. Vamos, hombre, conteste usté pronto.

MELQ. (Interviniendo en la conversación sin que nadie le llame.) Pues, por una equivocación. (Aparte á Tomás.) (No vayas tú á enzarzarla ahora.) (Sale Lola con otro servicio de chocolate con bizcochos y dos de café.)

LOLA. Aquí tiene usté el chocolate.

SUS. Bueno, déjelo usted ahí. (A Tomás.) Y, ¿se puede saber qué equivocación ha sido esa? (Lola deja el chocolate en el primer velador de la derecha y se va por la puerta del comedor con los dos tazones.)

TOM. Pues, ha sido... ha sido...

MELQ. (Aparte á Tomás.) Procura darla á entender que estas enamorado; que se me ha ocurrido una idea diabólica.

SUS. Pero, ¿qué cuchicheos son esos? ¿Van ustedes á contestar ó no?

TOM. Sí; sí, señora. Verá usted

LOLA. (Saliendo del comedor). Los señores están servidos.

MELQ. Bueno; vamos en seguida. (Vase Lola foro derecha.)

SUS. Vamos á ver; ¿qué equivocación ha sido esa?

TOM. Pues .. una equivocación de usted, y usted perdone.

SUS. ¿Mía? ¿Por una equivocación mía les han detenido á ustedes? ¡A ver, explique usté eso!

TOM. Es muy sencillo. Usted es muy guapa, muy elegante, muy distinguida...

SUS. Bien; bien; no se me ponga usté tierno, que no estoy para bromas.

TOM. (Es áspera, Melquiades.)

MELQ. (Ya se suavizará, no tengas cuidado. ¿No te digo que tengo una idea?)

SUS. (Perdiendo los estribos.) ¿Quieren ustedes tener un poco de educación y no hablarse en secreto?

MELQ. Tiene usté razón. Usté perdone.

TOM. Pues la equivación de usted ha consistido, siendo tan distinguida, tan elegante y tan guapa, en casarse con un hombre que no se la merece. (Melquiades se aparta disimuladamente del grupo, y procurando que los otros no lo vean saca el frasquito del bolsillo y vierte unas gotas en el chocolate destinado á Susana.)

SUS. Eso podrá ser verdad, pero á usté no le importa. Al grano.

TOM. El grano está en que su marido de usté no sabe apreciarla en lo que vale, mientras hay alguna persona que se estaba muriendo de debilidad y de cansancio de la vida y ha revivido sólo con verla.

SUS. ¡Ah! pero ¿es que todo esto iba á parar en una declaracion ofensiva? Pues tenga usté cuidado, porque ya le he dicho que no estoy para bromas.

MELQ. (Guardando el frasquito y apartándose del velador.) (¡Ajajá! va á quedar como un guante!)

SUS. Con que venga la verdad de lo ocurrido anoche y déjese de cuentos.

TOM. La verdad es, que él... que yo. . vamos...

MELQ. (Interrumpiendo) Señora, mi amigo no acierta á explicarse porque ya comprenderá usted que el asunto es muy delicado. Tome usted su desayuno tranquilamente, y cuando se haya usté calmado hablaremos.

SUS. Es que yo necesito averiguar... Pero, después de todo, tiene usté razón. Con lo dicho basta Ahora lo que yo debo hacer es cuenta mía Beso á ustedes la mano. (Da una rabotada y se sienta junto al velador disponiéndose á tomar el chocolate.)

TOM. Pero escuche usted, señora...

MELQ. (Aparte á él) ¡Cállate Tomás! El café nos espera. Todo va á cambiar dentro de cinco minutos. El triunfo es nuestro.

TOM. Pero ¿qué has hecho?

MELQ. Yo te lo explicaré ahora mismo. Miguelillo el de Valladolid me paga el guitarrazo. (Vanse al comedor.)

ESCENA XIII

SUSANA.—En seguida MIGUELILLO.

SUS. (Desdoblando la servilleta.) ¡Tranquilidad, tranquilidad! Eso se dice fácilmente. ¡El chocolate se me va á volver veneno!... (Cuando echa mano al primer bizcocho se oye dentro un silbido en aire de polka y vuelve á dejarle en su sitio.) Hombre, ¡ahí está ése! Y viene sil-

bando una polka. ¡Le voy á dar el tono! (Torna á doblar la servilleta y también la deja como estaba. El servicio queda, por consiguiente, intacto.)

MIG. (Saliendo segunda izquierda.) ¡Hola! ¿Has salido á tomar el chocolate al patio? Has hecho muy bien.

SUS. (Levantándose airada.) Lo que he salido á tomar es una determinación, ¿entiendes?

MIG. ¡Cómo! ¿Enfadada otra vez?

SUS. Sí, señor; la última. ¡Porque ya no puedo sufrir más y me vuelvo con mi familia!

MIG. Y conmigo, naturalmente.

SUS. No, señor, sola. Por esta burla no paso. ¿Conque al salón de lectura á buscar un periódico, eh? y te vas á la calle y tardas dos horas ..

MIG. Pero óyeme, Susana. (Acercándose á ella.)

SUS. (Retrocediendo hacia la puerta de su cuarto.) ¡No, no y no! ¡Que no se me acerque usté, le digo, ó llamo á la gente!

MIG. No grites, por Dios, que me vas á poner en ridículo. Yo te explicaré. (Acercándose más Ella retrocede en la misma dirección que antes.)

SUS. ¡Pues no he de gritar! (Alzando la voz) ¡Sí, que lo sepan todos! ¡Que se entere todo el mundo! ¡A este señorito le abandona su mujer por infame!

MIG. (Empujándola suavemente hacia el cuarto.) Bueno, sí; ríñeme lo que quieras, pero no demos un escándalo. Entra y hablaremos.

SUS. ¡Que no entro, ca!

MIG. (Empujándola más, pero sin violencia) Susana, ¡por los clavos de Cristo! Ten calma, óyeme, escucha.

SUS. (Casi dentro del cuarto.) Así, a la fuerza, á empujones... ¡Mal caballero! ¡Mal nacido! (Entranse los dos y Miguelillo cierra tras sí la puerta. Continúa oyéndose dentro el rumor de la disputa. Cuando se amortigua un poco sale el padre Gadea por la segunda izquierda, ve el servicio de chocolate en el velador y se detiene sonriendo beatíficamente)

ESCENA XIV

El PADRE GADEA.—Al fin, LOLA.

GADEA. ¿Eh? ¡Ah, sí! Sin duda me ha visto por el balcón..! Qué demontre de muchacha! (Se sienta tranquilamente junto al velador, deja el sombrero sobre otra silla, desdobla la servilleta, hace la señal de la cruz y se dispone con mucha parsimonia á tomar el chocolate. A poco de consumir la primera sopa, se yergue y anima instintivamente, demostrando en la fisonomía que no sabe lo que le pasa por dentro. Dudando si será ó no será un efecto extraño del chocolate, toma otros dos bocaditos hasta que acaba el primer bizcocho. En este preciso momento, y cuando el buen padre se cree envenenado por un filtro de Satanás, se acerca al velador Lola, que ha salido por el pasillo de la derecha y se le queda mirando sonriente.)

LOLA. Esta vez he acertado por casualidad, ¿verdad, señor cura? (El padre Gadea intenta contestarla pero no puede. La contenpla con una delectación casi pecaminosa, y haciendo un violento esfuerzo para dominarse toma su sombrero, se levanta rápidamente, se santigua y se marcha más que de prisa por el foro derecha huyendo de aquella tentación que no comprende. La camarera se queda como quien ve visiones.)

Pues, señor, ¿qué mosca le habrá picado al señor cura? ¡Anda! ¡Y ha dejado enterito el chocolate! ¡Vaya por Dios! y éste es el segundo. (Recoge el servicio en la bandeja.) No; pero éste no lo devuelvo. Ya debe de haber pasado el cuarto de hora. (Llamando en la puerta núm. 1.) ¿Se puede?

D.ª ROSA. (Dentro.) Sí, pase usted. (Entra la camarera. Al mismo tiempo salen del comedor Tomás y Melquiades.)

ESCENA XV

MELQUIADES.—TOMÁS.

MELQ. Te digo que esta es la ocasión, porque ya habrá acabado. ¡Calle! No está

TOM. Se habrá entrado en su habitación, sin duda.

MELQ. Mejor que mejor. Anda á continuar la conversación interrumpida. (Sale Lolilla del número 1 y vase foro derecha)

TOM. No, Melquiades; á eso no me atrevo, la verdad. Es muy peligroso.

MELQ. ¡Quita de ahí, cobarde! Yo te allanaré el camino.

TOM. ¿Qué vas á hacer?

MELQ. Ahora lo verás. (Llamando en la puerta núm. 2.) ¿Se puede?

SUS. (Dentro.) Adelante. (Entra Melquiades y cierra. Tomás queda escuchando.)

TOM. ¿Eh? ¡Caramba! ¿Otra voz de hombre?... ¡Y qué palabrotas! ¿Eh? ¡Me parece que son más que palabras! Pies, para que os quiero. (Huye al comedor, cuya puerta cierra tras sí. En seguida sale Melquiades huyendo del núm. 2, cerrando también la puerta y con las manos en la cabeza como si le hubieran dado unos palos.)

ESCENA XVI

MELQUIADES.—Sucesivamente MIGUELILLO.—SUSANA.—ROSA.—CELES.—El padre GADEA.—TOMAS.—LOLILLA. Huéspedes y camareros.

MELQ. ¡Y esto es más duro que la guitarra! (Atraviesa la escena como una exhalación, y sin encomendarse á Dios ni al diablo da un empujón á la puerta núm. 1 y se mete dentro. En seguida aparecen en la núm. 2 Miguelillo enarbolando un palo y Susana que intenta contenerle.)

SUS. ¡Por Dios, Miguel!

MIG. (Desasiéndose) ¡Déjame, que lo mato! (Vase corriendo segunda izquierda.)

ROS. Y CEL. Dentro y chillando mucho.) ¡Ay, ay! ¡Favor!... Socorro! (Sale Melquiades más que de prisa del núm. 1, con la cara llena de arañazos, y pretende escaparse por la segunda izquierda)

SUS. ¡No! ¡que por ahí está mi marido!

MELQ. (Empujando la puerta del comedor, que no se abre ni á cañonazos.) ¡Tomás, abre, que soy yo!

SUS. ¡Que viene! ¡Que está aquí! (Melquiades intenta huir por el pasillo del foro derecha en el momento en que el padre Gadea aparece por allí precisamente)

GADEA. ¿Quién pide socorro? (Melquiades retrocede de nuevo, y dando otro empujón á la puerta se mete como un rayo en el cuarto núm. 3, en el momento mismo en que sale Miguel por la segunda izquierda. Se oye dentro una detonación formidable, y al oirla vienen á escena corriendo Rosa, Celes, Lolilla, Tomás, dos ó tres camareros y unos cuantos huéspedes. Todos se asustan, dan vueltas, empujan las puertas, recorren como atontados el escenario y ninguno se entiende. En el barullo, que debe ser mayúsculo, se oyen chillidos y voces, etc.)

TODOS. ¿Dónde ha sido? ¿Quién ha disparado? ¿Qué ha pasado aquí? ¡Jesús qué desgracia! (Etcétera, etc., y cuantas frases y exclamaciones se ocurran en el momento. Al sonar el tiro empieza la música con un fuerte en la orquesta, que sigue piano durante todo el cuadro siguiente.)

Mutación.

CUADRO QUINTO

La misma decoración del primero.

ESCENA XVII

RAMONA.—TOMAS.—Luego MELQUIADES.

(Al hacerse la mutación suena el timbre. Sale Ramona por la izquierda, abre la puerta y entra Tomás con la maleta en la mano.)

RAM. ¡Calle! ¡si es el señorito! ¡Y qué bueno se ha puesto en cuatro días!

TOM. Sí, muy bueno, muy bueno. Pero no cierres, que sube Melquiades. ¿Dónde está la señorita? ¡Matilde! ¡Matilde! (Vase izquierda)

(Entra Melquiades con un brazo en cabestrillo y la maleta en la mano que le queda libre. Trae entrapajada la cara, tapado un ojo y vendada la cabeza.)

RAM. Pero ¿que es esto, señorito Melquiades?

MELQ. Nada, hija, que ahora el que tiene la neurastenia soy yo.

RAM. ¿Sí? ¡qué lástima! Y ¿qué era aquello que tenía usté que decirme cuando volviera?

MELQ. ¿Que qué tenía yo que decirte? ¡Ah, si! que si sabes de algún amigo de buen humor que me acompañe á hacer un viaje.

RAM. Pues al señorito le ha sentado muy bien la medicina.

MELQ. ¿Pues no le ha de sentar, si es un encanto? Para mí, ya los ves; ¡mano de santo! (Se retira hacia la izquierda apoyándose en Ramona como si no se pudiera tenerse en pie.)

Telón.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, idem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del Infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D José López Silva, música del maestro Estellés

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración on D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Monero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis...?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo Vadis...?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante, en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talismán prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapi.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

Faldas por medio, sainete trágico en un acto y en prosa.

Mano de santo, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa música de Rafael Calleja.

3 0112 115870781

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en las principales librerías y en el domicilio del autor, calle de Don Ramón de la Cruz, 21, hotel, adonde pueden dirigirse por carta los pedidos.

Se considerará fraudulento, para los efectos de la ley, todo ejemplar que carezca del sello del autor.

Precio: UNA peseta.